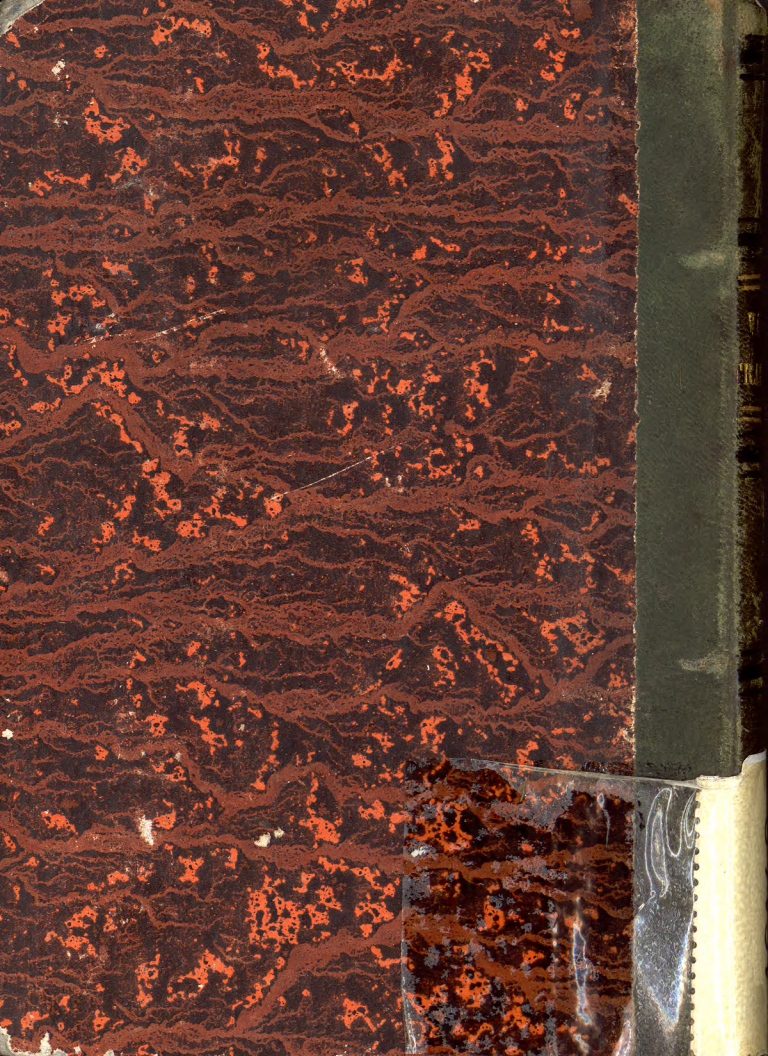
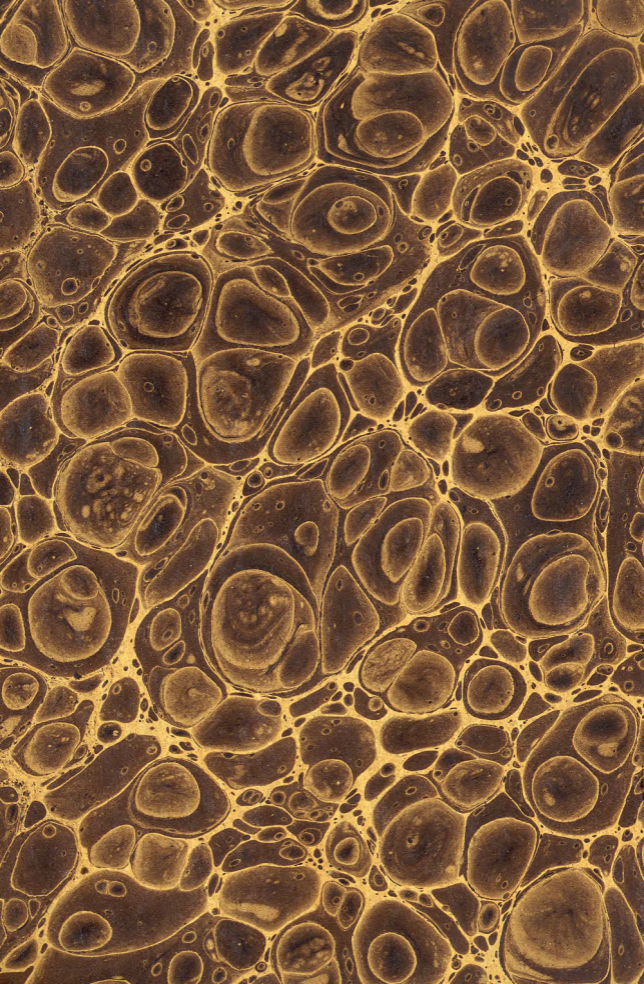


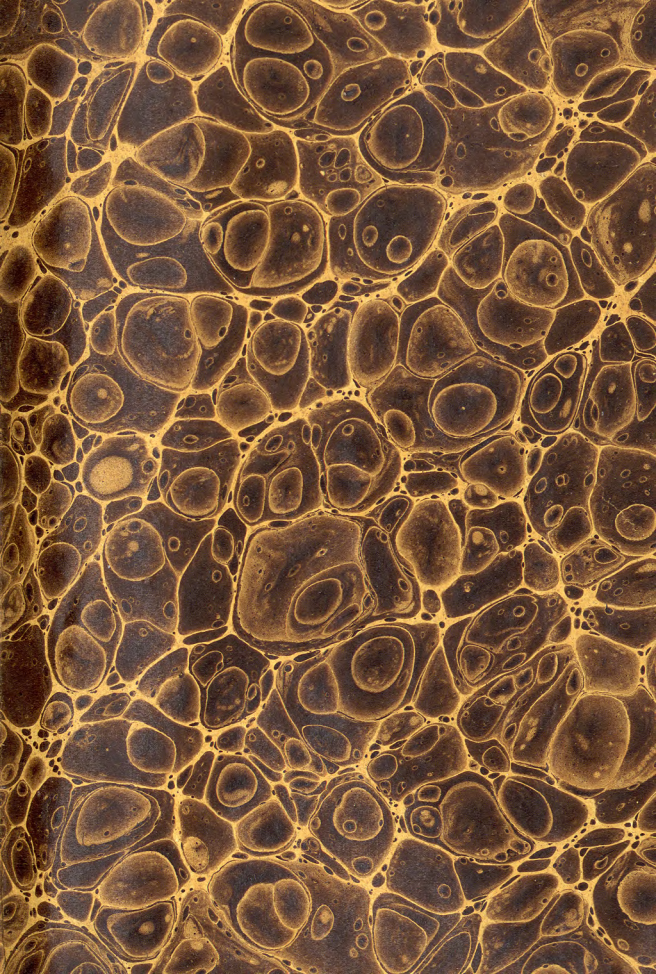
VARIOS

RATADOS

21707







100 403
A-1433



69 faj' verdos faj' de
de la faj' 11 a la 102

R.

A

125512

Bardou

2
47261

1874 p^{tes}

UN PROVINCIANO EN LA CORTE.

IN PROVINCIA DI LA CORTE

UN

PROVINCIANO EN LA CORTE.

LAMENTABLES AVENTURAS

DE UN JOVEN SENSIBLE

DE TEMPERAMENTO LINFATICO

referidas por

DON ANTONIO DE SAN MARTIN.

MADRID.

IMPRENTA DE JULIAN PENA,

Calle de Relatores, núm. 13.

1869.

PROVINCIA DE LA CORTE

LA UNICA AVENTURA

DE UN CORAZON

DE TERNISIMOS AMORES

DE

DON ANTONIO DE SAN MARTIN

ALABADO

IMPRESA DE JULIAN PEREZ

Calle de S. Francisco, núm. 12

1853

AL SR. D. MARIANO TRIBES .

en prueba de amistad ,

El autor.



INTRODUCCION.

El que esto escribe, tiene la desgracia de ser amigo íntimo de un andaluz, hijo de la hermosa Cádiz, y de un madrileño distinguido y elegante, orgulloso con haber nacido en la coronada villa.

Y decimos la desgracia, porque cortesano y andaluz, á pesar de ser inseparables, siempre están riñendo; siempre espíritus de contradicción disputan de continuo sobre el asunto mas trivial, y hay que interponerse entre ambos para que en tales disputas no lleguen á *mayores*.

El cortesano se llama D. Sebastian de Merluza, y está empleado en las oficinas de

la casa de un grande de España con ochomil del pico y algunos otros productos.

Viste al *uso* del dia, habla por los codos y presume de poeta sentimental.

Su edad no pasa de los treinta. Sin ser precisamente buen mozo, tiene ese *no sé qué* que conquista simpatías por todas partes.

El andaluz, jóven ardiente y apasionado, de veinticuatro á veinticinco años de edad, responde al nombre de D. Cándido Bergamota, y tiene unas magníficas tarjetas estampadas en la acreditada casa de Marquerie, en las cuales se destaca un escudo de armas, en cuyos cuarteles se ven un redoblante, una maquinilla de hacer café, y dos perros de presa disputando una pierna de cabrito.

D. Cándido posee en su tierra algunos *jolivares* y una hermosa casa en Cádiz y otra en Chinchon; es, en una palabra, todo *un caballero que vive de sus rentas*.

Vino á la corte portador de treinta y siete cartas de recomendacion, alimentando la

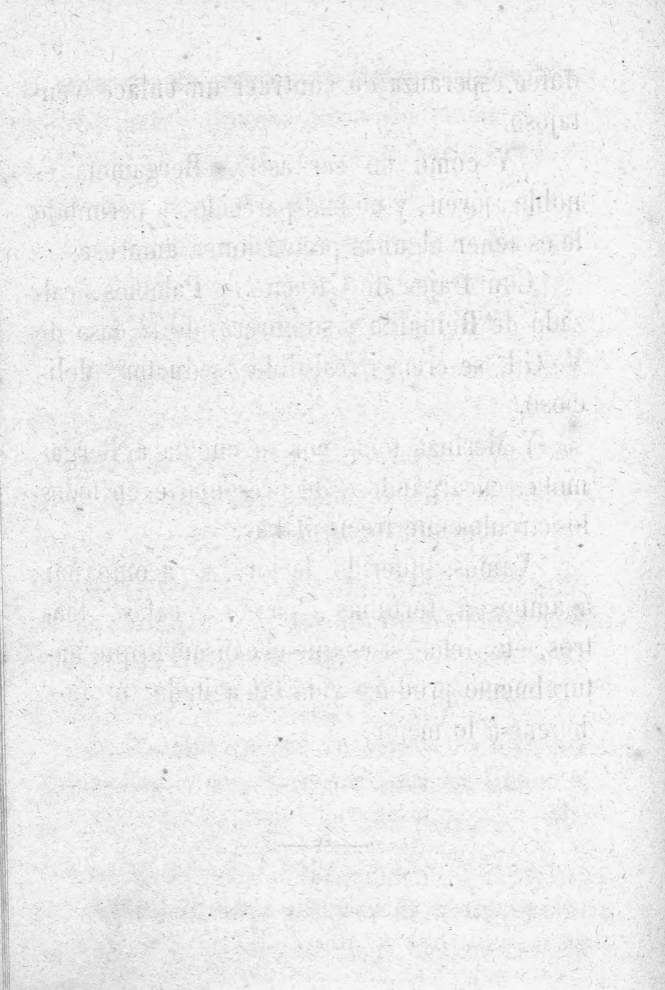
dulce esperanza de contraer un enlace ventajoso.

¿Y cómo no ser así?... Bergamota es noble, jóven, y no mal parecido, y permitido le es tener algunas pretensiones amorosas.

Con trajes de Caracuél y Palacios, calzado de Reinaldo y sombreros de la casa de V. Gil, se creia irresistible, seductor, delicioso.

Y Merluza tomó por su cuenta á Bergamota, encargándose de presentarle en todos los círculos que frecuentaba.

Vamos, querido lector, á acompañar á ambos á tertulias, paseos, cafés, teatros, etc., etc., si es que el cansancio que naturalmente produce vida tan agitada, no nos detiene á lo mejor.



UN PROVINCIANO EN LA CORTE.

I.

La muerte de una ilusion.

Era el anochecer de una calorosa tarde del mes de Junio del año de 1867.

El Prado estaba sumamente concurrido. Allí todos eran al parecer dichosos, y las mas dulces sonrisas animaban los rostros de damas y galanes.

En el paseo de los coches, elegantes mujeres, jóvenes y lindas las mas, y viejas y feas las otras, tendidas negligentemente en sus carruajes, contestaban con seductora amabilidad á los saludos y miradas que les dirigian los almibarados galanes que paseaban á caballo.

Sebastian y Cándido, sentados cómodamente

en dos sillones de hierro de los de á *cuatro cuartos*, disputaban como de costumbre, cerca de la valla que separa el paseo de los coche del Salon de París.

Oigámoslos:

—Desengáñese Vd., querido, decia el andaluz con seriedad; si bien es cierto que Madrid es un pueblo lindísimo, adolece de grandes defectos.

—Solo Dios está exento de ellos, dijo Merluza sentenciosamente.

—En primer lugar, prosiguió Cándido, Madrid tiene un clima feroz, pésimo, *inzufrible*.

—Las brisas, *céfiroz*, y demás que en otras partes refrigeran, corroboran y vivifican, aquí producen pulmonías y catarros. Por el verano se frie aquí la gente, y en invierno piensa en la Siberia soplándose los dedos de frio....

—¿Y la primavera? ¿y el otoño?... dijo sumamente irritado Merluza.

—¡Buena primavera nos dé Dios! exclamó el testarudo andaluz. Bien se conoce que no han visto Vds. primaveras.... Cuando quiera Vd. saber lo que es bueno, se vá Vd. á Andalucía, y si está delgado engordará con aquellos aires de la tierra de la Madre de Dios.

—Ya me vá Vd. fastidiando con su Andalucía.

—Pues lo dicho, dicho, y me remito á la prueba.

Un poeta granadino, inédito por mas señas,

dijo hablando de la primavera en mi país.....

—¡Déjeme Vd. de versos! exclamó Merluza hecho un basilisco. ¡Pues no faltaba mas sino que se nos viniese Vd. ahora con coplas!...

En aquel momento cuatro ó cinco caballeros que pasaban á escape cerca de ambos amigos, salpicaron de lodo al andaluz.

—¿Y esto?... preguntó el jóven limpiándose con el pañuelo. ¿Le parece á Vd. que está bien el que un paseo se asemeje á las carreras de caballos?... ¡Lástima es, continuó con cómica amargura, que no haya quien ponga coto á tal abuso!

En esto cerró completamente la noche, y el paseo se animó mas y mas.

Los gritos de las vendedoras de agua *heláa*, azucarillos y merengues; los vendedores de décimos de la lotería y el no muy acorde son de las arpas y flautas de esos pequeños *artistas* que Italia nos envia, producian un ruido confuso y atronador.

Merluza y Bergamota se levantaron de sus asientos y se lanzaron al paseo.

Merluza no tardó en dar un soberbio pisoton á la larga cola del vestido de una señora, y por pronto que quiso levantar el pié, ya la endeble falda tenia un rasgon de mas de una cuarta.

—¡Maldito sean las colas! exclamó el jóven con enfado.

—Volvió le dama la cabeza, y Merluza se quedó estasiado ante su hermosura.

Unos ojos negros rasgados, dulcísimos, que parecían decirle con melancolía: ¿Por qué maldices lo que á mí me agrada? se fijaron en el andaluz por un instante.

Sebastian tartamudeó una excusa, y la dama se sonrió con benevolencia.

—¡Oh! ¡qué hermosa es! exclamó Merluza oprimiendo el brazo de su amigo. ¡Que ángel!...

—¡Sí, no es *maleja!* afirmó Bergamota con aire de seductor descontentadizo.

Y meditabundos, cual si algo grave les hubiese acontecido, caminaron en pos de la hermosa, á la cual acompañaba una señora de *edad propecta*.

El jóven andaluz estaba preocupado.

Anhelaba oír la voz de aquella encantadora mujer, que habia llenado su corazon de dulcísimas ilusiones.

—¡Será una marquesa! pensaba maldiciéndose á sí mismo por haber pisado la cola de aquel vestido que entonces miraba con religioso respeto. Quizá esta hermosa mujer tenga un corazon lleno de ternura y de tesoros de amor; quizá logre hacerme querer de ella, ¡oh placer!...

En esto llegaron unos y otros á la entrada de la anchurosa calle de Alcalá.

La hermosa volvió la cabeza para mirar á

Merluza, y este creyó leer en aquella mirada este dulce mandato: ¡sígueme!

—¡Hasta el fin del mundo! exclamó el jóven con el pensamiento, arrastrando á su amigo en pos de aquella encantadora mujer.

Pero ¡oh dolor! ¡qué cortas son las dichas de este mundo!...

¡Cuán pronto se desvanecen las mas caras ilusiones!...

Decimos esto porque al llegar nuestros conocidos enfrente del café Suizo, se destacó de un grupo de hombres de chaquetilla corta, gorra de cuadros chiquitos y pelo aplastado sobre las sienes, un jóven no mal parecido, que se acercó á la bella con desenfado, diciendo en alta voz.

—Mucho has *tardao*, Concha: ¡yo no sé qué demonios te se pierde en el *Prao*!...

—*Miste* qué salía, dijo la bella; como si cuando á una le dé la real gana de pasearse, tuviera que pedir *premisio*.... ¡Si querrás echártela de sultan, chato miol!...

D. Sebastian de Merluza se quedó con un palmo de boca abierta al oír estas palabras.

Bergamota prorrumpió en una ruidosa carcajada, y cogiendo á su amigo por un brazo penetraron ambos en el café Suizo.

Momentos despues trasegaban á sus estómagos sendos vasos de cerveza y limón helado.

II.

**Un jóven amable hacerse amar con zapatillas,
frac negro y mandil de cocina.**

Son las diez de la noche.

Una numerosa y elegante concurrencia ocupa un hermoso salon del piso principal de la casa número.... de la calle del Príncipe,

Aquella muchedumbre, compuesta de mujeres elegantes y seductoras y de hombres vestidos de frac negro y corbata blanca, se mueve al compás de una suave música que toca un wals-polka.

Han trascurrido cinco meses desde los sucesos referidos en nuestro capítulo anterior, y don Andres de la Roca-vieja, conde de Campomarchito, franqueaba su casa á sus numerosos amigos con el doble motivo de la entrada del invierno, y de ser los dias de su santo.

Los gastrónomos decian que habia *buffet* abundante; los jóvenes de ambos sexos bailaban con entusiasmo, y muchas mamás, ya entraditas en años, se entretenian caritativamente en dulces y sabrosas murmuraciones.

La casa del conde encerraba aquella noche las mas lindas mujeres de la aristocracia; hombres distinguidos en las letras, la milicia y la alta

banca, y una multitud de pollos, glorias quizá futuras de la madre patria, pero que entonces solo poseian el arte difícil de imitar con perfeccion los figurines franceses.

Entre las cartas de recomendacion que Merluza trajera de Andalucía, una habia sido para D. Andrés, el cual hiciera al jóven una muy buena acogida, en la cual no sabemos si entraban por algo las fincas rústicas y urbanas del recomendado: D. Andrés tenia una hija.

Merluza, siempre impresionable, no tardó en rendir su corazon á la hermosa Higinia, que así se llamaba la hija del conde, y esta correspondió en seguida y le regaló dos rizos, un ramito de heliotropo *con significado*; y hay quien dice que en cierta ocasion se dejara besar por Merluza el guante que cubria su mano derecha; mano chiquitita y regordeta.

Merlúza, durante mucho tiempo, se creyó feliz.

Higinia, jóven *blonda* (permítasenos la calificacion), llena de ternura para él, le pedia celos continuamente, y lloraba y se affigia si su amante miraba á otra mujer ó retardaba algunos minutos la hora en que acostumbraba á visitarla.

Pero estaba escrito que tanta ventura no fuese de duracion. ¡Oh mundo!

Un hombre, ni jóven ni viejo, ni guapo ni feo: un hombre, siempre afeitadito, limpio y es-

tirado, siempre con una amable sonrisa en los labios, fué presentado en casa del conde.

Nadie como él poseía tanta variedad de corbatas y botones de pecheras de camisas.

Nadie mas dispuesto á hacer un favor á todo bicho viviente, que el hombre que exhibimos en este momento á nuestros lectores.

Simplicio, que así se llamaba, no tardó en hacerse querer del conde de Campomarchito.

Siempre amable y servicial, lo acompañaba al paseo de los *Melancólicos*, que agradaba mucho al conde; le hacía los *pitillos*, y le daba friegas para aminorar ciertos dolores reumáticos, y llegó á ser tanta la familiaridad y buena armonía que reinaba entre ambos, que el conde le llamaba cariñosamente *Simpléte*.

Nuestro hombre llegó á hacerse necesario.

Con una paciencia inmensa componía los abanicos de Higinia y sus libros de misa, y *sacaba* dibujos para bordados de la jóven.

Esta, que era bastante golosa, admitía con gusto las pastillas de la Mahonesa que diariamente le regalaba Simplicio; y á pesar de que se burlaba de él con su novio, siempre decía que era un *jóven amable*.

Llegó un dia en que Merluza experimentó una cosa parecida á los celos, tantas fueron las alabanzas que Higinia le prodigaba á consecuencia de un espléndido regalo hecho por Simplicio.

La vaga inquietud que sentia Merluza no tardó en convertirse en agudo tormento; habia sorprendido á Higinia y á Simplicio cuchicheando.

Aun cuando la hija del conde negaba de plano; aun cuando continuaba burlándose del *jóven amable*, Merluza sentia unos celos atroces, y á consecuencia de ellos, cada dia queria mas á su novia.

La noche del baile no le quedaba duda alguna de sus desventuras; del desamor de Higinia hácia él.

Simplicio estaba deslumbrador.

Aquélla noche habia estrenado un frac nuevo, unos gemelos de esmalte, y un reloj de *doublé* fino.

Unos enormes cuellos á la marinera muy escotados dejaban al descubierto su garganta apergaminada y surcada de abultadas venas.

Sus piés, oprimidos por unas elegantes botinas de charol, ostentábanse casi pequeños.

Por desgracia suya un callo feroz, un ojo de gallo infernal, comenzó á atormentarle de tal modo que tuvo que abandonar el salon de baile, y despues de esfuerzos inauditos, logró descalzarse en la anteñala, á donde Higinia le envió unas zapatillas de su padre.

D. Sebastian de Merluza bramaba de corage.

Bergamota, que tambien frecuentaba la casa

del conde y era sabedor de las penas de su amigo, se acercó á él en un momento de descanso, y le dijo con la risa en los labios que le siguiese.

—¿A dónde?... preguntó Merluza.

—A la cocina de la casa para presenciar una escena *sublime*, contestó Bergamota.

—Dejóse guiar el jóven andaluz, y á pesar de la pena que le roía el corazon; no pudo por menos que lanzar una carcajada al llegar á la cocina.

Hé aquí lo que habia visto:

Simplicio, con su traje de etiqueta, zapatillas y un mandil blanco atado al pescuezo, hacia voltear un molinillo dentro de una enorme chocolatera, causando la admiracion de los criados de la casa.

La carcajada de Merluza le hizo volver la cabeza, y lejos de avergonzarse porque le viese de aquel modo, se sonrió como tenia de costumbre, diciendo que nadie como él sabia hacer mejor una jícara de chocolate.

Merluza, gozoso en extremo y creyendo conquistado nuevamente el corazon de su amada, corrió en busca de esta, porque viese al hombre que se interponia entre ambos convertido en cocinero.

—Ven, Higinia, ladijo; ven y verás á ese aborrecido Simplicio por quien olvidas mis amores, haciendo...

—Si, dijo la jóven con frialdad interrumpiéndole. Ya lo sé: está haciendo el chocolate que van á servir á nuestros convidados.

—¡Pero!...

—Eso no probará mas, continuó Higinia co desenfado, sino que Simplicio se toma un gran interés por la casa....

Y esto diciendo se encogió de hombros y volvió la espalda á su desventurado amante.

El asombro de este no conoció límites.

A su pesar casi se le llenaron los ojos de lágrimas de amor, de desesperacion y de amargura.

Su amigo Bergamota á quien refirió su pena, le sacó de aquella casa casi á la fuerza y lo condujo á la suya en donde el burlado andaluz dió rienda suelta á su furia con un alubion de improperios lanzados contra su rival.

A la mañana siguiente, Bergamota era portador de un cartel de desafío para Simplicio.

Este se hallaba en la cama, y hata allí hizo entrar á Bergamota.

Enterado de la mision de este leyó con mucha calma el cartel, y despues de haber meditado largo rato, cogió de sobre su mesa de noche un paquete cuidadosamente envuelto.

—¿Qué hace Vd., caballero? exclamó Bergamota.

Simplicio se desentendió de la pregunta, y entregándole el paquete le dijo:

—Entregue Vd. esto á su amigo. Son unas magníficas flores cordiales cogidas en la última luna de Agosto, y no se conoce nada mejor para aplacar la sangre.... Que las cueza en dos cuartillos de agua, y que beba esta á pasto,...

Bergamota se rió con toda su alma de tal ocurrencia, y Simplicio, dando media vuelta en la cama, tornó á dormir.

Por lo que toca al andaluz estuvo ocho dias enfermo, pero las distracciones, los consejos de su fiel amigo y el pensar que era ridículo amar á una ingrata, lo curaron poco á poco de su passion amorosa.

—¡Oh! solia decir el desventurado. ¡Las mujeres de Madrid son insufribles!... ¡cómo encontrar una que de veras me ame!

III.

La Noche-buena en Madrid. Principio de una nueva aventura.

Era la Noche-buena.

La coronada villa mas animada, mas bulliciosa que lo que tiene de costumbre, ostentaba en sus tiendas de comestibles y en los numerosos

puestos de sus plazas y plazuelas, un sin número de golosinas capaces de despertar el apetito mas dormido.

El desagradable son de las zambombas, chicharras, tambores y panderos se oía por todas partes, y los chiquillos se despachaban á su gusto atormentando los oídos de los buenos habitantes de la corte.

La noche estaba deliciosa: eran las nueve.

El helado soplo del Guadarrama era entonces suave, embalsamado, casi tibio.

Innumerable gentío llenaba las calles y plazas, gentío bullicioso y alegre ávido de turrón, sopa de almendras y besugo.

La plaza Mayor sobre todo, estaba animadísima y brillante con sus mil luces de gas, y los farolillos de colores de los puestos ambulantes.

Por ella discurrían las mujeres hacendosas y económicas, en busca de comestibles y golosinas baratas.

Por ella cruzaban las damas aventureras (*busconas* como diría Quevedo) en demanda de uno de esos seres que nosotros calificamos de galantes y generosos; y que el positivista siglo actual conoce con los nombres de *primos*, *jóvenes primaveras*, *pipiolos*, etc. etc.

Por la plaza Mayor paseaban también cien y cien galanes *cursis*; cien *piratas callejeros* de esos que tan perfectamente supo pintar nuestro

querido amigo el fecundo novelista Fernandez y Gonzalez.

Don Sebastian de Merluza como nuevo en la corte debia concurrir á tan animado espectáculo, y su inseparable y buen amigo Bergamota, á fuer de práctico en aquel terreno, tenia que acompañarle so pena de que el simpático impresionable andaluz, fuese víctima de sus exagerados sentimientos.

En efecto, Merluza y Bergamota, cogidos del brazo y con los sombreros inclinados sobre la ceja izquierda, á guisa de calaveras, discurrían por entre el gentío repartiendo frases galantes á bellas, pisotones descomunales á los vestidos de las viejas, y codazos á los hombres.

Merluza, enteramente curado ya de su amor por la voluble hija del conde de Campomarchito, se conceptuaba el hombre mas dichoso de la tierra.

Y á fé á fé que tenia razon.

Jóven, no mal parecido y bastante rico. Con un corazon entusiasta, lleno de bellas ilusiones que algunos desengaños no habian conseguido borrar aún, y alimentando dulces esperanzas para el porvenir, sus dias resbalaban tranquilos y en un sin número de placeres, á que su juventud y medios de fortuna le permitian entregarse.

Como nuestros dos amigos tenian una mas que mediana apariencia de hombres acaudalados,

no habia puesto ni tienda de donde no los llamasen, encareciéndoles los objetos que en ellas se vendian.

El andaluz tenia un gracejo para cada una de las muchachas bonitas que habia á su paso, algunas de las que se *acaramelaban* al oirlo.

En un puesto en donde vendian turrón y *nacimientos* de barro, se paró una señora gruesa, frescota y no mal parecida, la cual se puso á ajustar un *Portal de Belén*, en el cual como es de suponer, no faltaban la Sacra familia, y el buey y la mulita.

—¡Vaya una hembra *estomaca!*! exclamó el andaluz lamiéndose de gusto.

—Vá, dijo Bergamota desdeñosamente; ¡es una jamona!

—¡Castígueme la suerte con ella!... dijo el jóven.

No hay mujer que no conozca, cuando un hombre la contempla mas de una vez, la clase de sentimientos que inspira.

La gran señora no tardó en observar que un jóven guapo y elegante la miraba con fijeza.

Esta muda contemplacion no debió desagradarla, y queriendo sin duda pagar de algun modo aquel tributo rendido á su hermosura, fijó en D. Sebastian una mirada profunda, ardiente, llena de dulces promesas.

El andaluz sintió que el corazon le brincaba

de gozo, y se aproximó á la dama con desembarazo.

Bergamota se sonrió desdeñosamente.

En aquel momento unas doce ó veinte muchachas desenvueltas, medio desgrefñadas, y otros tantos pilluelos, sucios y harapientos, pasaban atropellando á todo el mundo y cantando al son de panderos y zambombas:

Esta noche es Noche-Buena
y nadie debe dormir,
sin tomar unos buñuelos
y el aguardiente de anís.

Abre tu ventana
que te quiero ver,
mándame la bota
porque tengo sed

Pasó la chusma tan cerca de nuestros amigos y de la dama gruesa, que esta medio perdió el equilibrio, y no sabemos si voluntaria ó involuntariamente, vino á caer en los brazos de Merluza que formó con su cuerpo una valla dando lugar á que pasase aquella avalancha viviente, que arrastró en pos suyo á un sin número de personas del mismo jaez.

—¡Gracias, caballero! exclamó la dama tan luego como hubo pasado el peligro, y desviándose suavemente de los brazos del andaluz, al mis-

mo tiempo que posaba en él una nueva mirada llena de amor.

—¡Oh señora mia! dijo Merluza; ciertamente que no tiene Vd. que agradecerme, y me tengo por muy feliz en haber evitado que la atropellasen esos bárbaros.

Para que Vd. no se vea en otro lance igual, debería permitirme que la acompañase hasta su casa.

—No tengo inconveniente alguno, dijo la señora; por fortuna no vivo lejos.

Bergamota, como hombre discreto, comprendió que allí sobraba uno, y se despidió de su amigo citándolo para dentro de algunas horas en la reunion de la *Piollleira*.

—¡Jesus, qué nombre! esclamarán mas de cuatro de nuestras lectoras haciendo un gesto desdeñoso.

¡Paciencia, señoras mias!

En primer lugar, nosotros no podemos variar el nombre de las cosas, y despues de todo la *Piollleira* puede ser un título tan bueno para una sociedad, como el de la *Florecente*, la *Perla*, la *Esmeralda*, y otros cien que no recordamos en este momento.

En seguida nos ocuparemos de esto, concluyendo el presente capítulo con decir que Merluza, despues de ofrecer galantemente el brazo á la señora gruesa, salió en su compañía de la plaza

Mayor y desembocando en la calle de Atocha, se entraron ambos por el anchuroso portal, perfectamente alumbrado, de una suntuosa casa de la referida calle.

IV.

La Piolleira.

Por aquellos dias existia en Madrid, y situada en una salita del café de *Amaltca*, una sociedad titulada la Piolleira.

Componianla literatos, autores dramáticos de acreditada nombradía, pintores de fama y algunos de ellos premiados en esposiciones estranjeras, periodistas distinguidos, empresarios de teatros, militares alegres y decidores, y varias otras personas bastante conocidas en la capital de España.

Nada tan inocente, inofensivo, y *nutritivo*, como esta sociedad.

Y decimos nutritivo, porque en ella no se hacia mas que comer y beber, ni se pensaba en otra cosa que en jugar cenas *económicas*, que se prolongaban hasta mas de la una de la madrugada.

¡Y qué juego, Dios Misericordioso!...

Aquellos hombres distinguidos, artistas de corazon los más y amantes de todo lo bello y

elevado, jugaban á la *Brisca* con un entusiasmo febril, con un entusiasmo digno de mejor causa.

La sala de la reunion contenia tres ó cuatro mesas, y hasta una docena de sillas.

En un extremo de ella se alzaba un estante con libros, entre los que figuraban en primer término el *sublime* arte de cocina, y algunas Guías de forasteros.

Con una pequeña ventana que daba á un patio, en el cual alternaban amistosamente algunas gallinas y dos perros de caza, ladradores, inquietos y voraces, y una puerta angosta cubierta con una *virginal* cortina de colores blanco y azul, el local de la *Piolleira* tenia ventilacion bastante para dar salida al humo de los cigarros de papel, *coraceros* de á tres cuartos uno, y al de ciertas pipas de barro conservadas cuidadosamente.

Estas pipas, que los fumadores tenian en gran estima por estar *curadas*, guardábanse religiosamente en una caja de carton y en estuches de terciopelo carmesí. ¡Pero qué estuches!...

La *Piolleira* tenia su presidente.

Era este un hombre sesudo, simpático y decididor, y muy conocido en todos los teatros de la corte por sus conquistas de entre bastidores, y la proteccion que dispensaba á ciertos artistas de *orden menor*.

Uno de los principales títulos que tenia para

ser presidente de la Piolleira, era el de haber introducido en aquellas cenas de feliz recordacion las prosáicas y plebeyas, pero estomacales y suculentas sopas de ajo, con huevos *escalfados*.

El inventor de las *sopas de ajo*, que así solian llamarle, habia prohibido terminantemente las palabras obscenas, las disputas inofensivas sí, pero ruidosas y de mal gusto en el juego, y ciertas otras cosas que no son del caso enumerar.

Así es que reinaba la mayor armonía y compostura en aquellos lugares.

En un cuadro con marco dorado fijo al lado de la puerta y autorizados con la firma de su presidente, habia los estatutos de la sociedad, á los cuales encabezaban estos malísimos versos:

«Si atrevido *caminante*
 á penetrar se atreviera
 en la estancia consagrada
 á la noble *Piolleira*,
 saque el sombrero inclinando
 la frente á la humilde tierra.»

Tal era esta sociedad.

Para servir á sus individuos tenia destinado el dueño del café de Amaltea un mozo inteligente llamado Baco, á consecuencia de ser sumamente aficionado al *peleon* de primera calidad.

Baco, á guisa de *maestre-sala*, anunciaba á los

individuos que entraban en el salon, con voz de trueno capaz de hacerse oír de un sordo.

Los prosélitos de la gaya ciencia y escritores allí reunidos, habian escrito sobre aquellas mesas en que se jugaba á la brisca, un calendario jocoserio; un calendario precioso, por el cual uno de los editores mas acreditados de Madrid habia *aflojado* dos oncejas.

La cantidad no era grande, que digamos, pero sin embargo fué lo suficiente para poder celebrar dignamente la Noche-buena.

Dos mesas unidas y cubiertas con blancos manteles esperan tan solo á que los individuos de la sociedad se sienten á ella.

La impaciencia se retrata en los semblantes de algunos. El apetito es grande.

Han trascurrido ya algunos minutos desde la hora prefijada para la cena, y tan solo faltaba un individuo para acometerla con ánimo esforzado.

De pronto Baco anunció:

—¡Don Sebastian de Merluza!

Lanzáronse todos á la mesa con ruidosas aclamaciones, y Baco no tardó en colocar en medio de ella una enorme fuente de humeante potaje que exhalaba un apetitoso olorcillo.

V,

La viuda de un coronel.

Merluza estaba preocupado.

Comia poco, y en su traje, de continuo muy arreglado y elegante, notábase cierto abandono lo mismo que en su cabello despeinado y revuelto.

Bergamota le dirigió una inquieta mirada.

Algunos otros individuos de la sociedad le interpelaron sobre la causa de su tardanza, pero el jóven solo contestó con evasivas.

Bergamota, á pesar de ser un buen amigo suyo, quiso ponerle en evidencia.

—Escuse Vd. de negar, le dijo, que algo grave le aconteció esta noche.... Figúrense Vds., señores, continuó dirigiéndose á la concurrencia, que este jóven *incauto* hizo la conquista de una jamona gruesa que compraba santitos de barro en la plaza Mayor.

Cuando yo le dejé caminaba en su compañía con rumbo fijo á la calle de Atocha, alegre y entusiasmado. Ahora le vemos llegar pálido, descompuesto y triste, pruebas suficientes para hacer creer que alguna mala aventura le ha sucedido....

—¡Que la cuente! ¡que la cuente! gritaron algunos.

—Sí señor, que la cuente, afirmó Bergamota.

El inventor de las sopas de ajo llamó al órden á aquella gente indisciplinada, y ya restablecido el silencio, dijo con su mesura de costumbre:

—Si nuestro amigo D. Sebastian quiere decirnos lo que le ha pasado con esa mujer, muy dueño es de hacerlo; pero si sigue mi consejo, deberá guardar silencio sobre esa aventura, pues como dice muy bien Florian:

«Si quieres ser dichoso
amante, sé discreto.»

—¡Qué discreto, ni qué ocho cuartos! exclamó Pastorfido, el chistoso y acreditado autor dramático, engullendo una cucharada de potaje. Si nuestro amigo corrió esta noche alguna aventura, de seguro no sacó de ella la dicha que se prometía.

Por consiguiente, es de absoluta necesidad que nos refiera lo que le aconteció en ella.

Si agradable, para aplaudirlo y envidiarlo; y si poco halagüeña, para tomar una horrible venganza.

—Que hable, pues....

—Sí, sí, que hable, dijeron algunos con entusiasmo.

—Corriente, dijo Merluza; ya que todos se empeñan en que fuí el héroe de una aventura notable, hablaré; mas les advierto á Vds. que lo que me aconteció es tan vulgar y tiene para mí tanto de ridículo y poco divertido, que reclamo del auditorio una poca de compasion....

—¡Contad con ella, y con nuestra venganza! exclamó uno con cómica gravedad.

—Entré, como dijo mi amigo Bergamota, continuó Merluza, en la calle de Atocha.

—Mi *conquista* hablaba poco.

Yo en cambio, y lo confieso para escarmiento de incautos, mostrábame rendido, apasionado, y sentia nacer en este pícaro corazón un sentimiento dulce y ardiente.

—Mi conquista, que me dijo llamarse Manuélita Carabajo, y viuda de un coronel de *cívicos*, entró teniéndome cogido por un brazo, en el portal de una casa de muy buena apariencia.

—Hemos llegado ya, dijo lanzándome una mirada asesina.... ¡Qué ojos, cielos santo!...

Yo le pregunté si podia subir un ratito, y ella me contestó que no le era posible acceder á mi ruego, porque su *mamá* era muy severa.

—Pero todo puede arreglarse, continuó despues de haber meditado un momento. Me acompañará Vd. á casa de una amiga que tengo aquí cerca, y allí podremos hablar un ratito.

Por toda respuesta le ofrecí el brazo sumamen-

te contento, y echamos á andar de nuevo.

Yo no sé cuánto tiempo invertimos en el camino, ni conozco la calle á que me condujo, pues tuve la inadvertencia de no preguntar su nombre despues; lo que sí puedo asegurar, es que á pesar de lo agradablemente entretenido que iba, la caminata me pareció escesivamente larga.

Un portal medio á oscuras, unas escaleras que crugian con el peso de nuestros cuerpos; despues un largo corredor alumbrado por una agonizante lamparilla, y por último una sala destartalada, sucia y casi sin muebles, tal fué la casa á que me condujo la tal Manuelita de mis pecados.

—Dispéñseme Vd., me dijo, si le he traido aquí. Mi amiga es pobre á pesar de ser la viuda de un brigadier de infantería muerto en campaña; pero yá se vé: los tiempos están tan malos!...

No hace mucho que mi amiga ocupaba un hermoso cuarto en la calle de *Jacometrenzo*, pero tuvo que mudarse á este á fin de hacer economías... Pero voy á prevenirla.

Y con un remangue de *fardamenta* que no me agradó mucho, salió de la sala dejándome solo.

Es de advertir que nadie de la casa habia parecido, ni se oia ruido alguno.

—Ya voy escamándome de esas viudas, dijo Pastorfido.

—Pues señor, prosiguió Merluza, comencé á cansarme de estar solo, y para adormir mi impaciencia, me puse á examinar un retrato del Empecinado, dos cuadros de la historia del hijo pródigo, una copia del sepulcro del bendito San Carpio, y otra infinidad de dibujos que adornaban la sala.

Como podrán comprender Vds. esto llegó á cansarme pronto.

Entonces me puse á pasear de arriba para abajo, haciendo bastante ruido con mis tacones y tosiendo recio para hacerme oír de Manuelita.

Así trascurrió una hora.

Ya no tuve paciencia para esperar mas.

Me encasqueté el sombrero hasta las cejas hecho una furia, y salí de la sala decidido á marcharme.

Al entrar en el corredor noté que estaba á oscuras.

Buscaba en mi bolsillo la caja de los fósforos, cuando unas manos como tenazas, unas manos robustas, me sujetaron fuertemente por los brazos y por el cuerpo.....

¡Voto á la Giralda de Sevilla! exclamó el jóven rechinando los dientes. Al sentirme sujeto de este modo lógré á costa de un violento esfuerzo desprenderme de aquellos brazos, y estendiendo el

mio descargué con todas mis fuerzas un soberbio puñetazo en una boca adornada, según lo que pude notar, con unos bigotes terribles.

Aquella boca lanzó una blasfemia.

Yo me puse á la defensiva, y aun hubo un momento en que quise pedir auxilio, pero esto me pareció impropio de un hombre de corazón.

No tardé en *fajarme* á sopapo limpio con no sé cuántos individuos que me acometieron, y aquí caigo y allí me levanto, llegué á ponerme en el estado en que me veis.

¿Qué mas diré á Vds.?...

Después de una lucha de pugilato, en la cual deshice no sé cuántas quijadas y recibí en cambio muy buenos cachetes, sentí que la puerta de la escalera se abría silenciosamente.

Lancéme á ella como alma que lleva el diablo, y al verme en la calle respiré libremente.

Ahora confieso para vergüenza mía que obré muy de ligero, pues debería haberme informado del nombre de la calle y número de la casa; pero aturdido, trémulo y bramando de coraje, no pensé en nada de esto, y me metí en un coche de alquiler dando al cochero las señas de este café.

Digo esto porque al ir á pagarle, me encontré sin un cuarto; ¡me habían robado!

—Y de reloj ¿cómo andamos? preguntó Bergamota.

Llevó el andaluz apresuradamente la mano

al bolsillo de su chaleco, y lanzó una interjección.

El reloj también había desaparecido.

VI.

Inocentes desahogos de un corazón lastimado.

Al día siguiente el buen Merluza escribía á sus amigos de Cádiz, la siguiente carta en la cual se reflejaba la ironía y la amargura de que estaba henchido su corazón.

«Madrid, etc.

Estoy fastidiado; las mujeres de la corte ó educadas en ella, son en lo general mas falsas que Judas.

Mi pobre corazón, confiado y bastante necio, ha sufrido en poco tiempo grandes desengaños; cuando creía ciegamente ser correspondido en sus afecciones, entonces era cuando recibía el golpe de muerte.

Amaba como un loco; la mujer que era dueña de mis pensamientos, jugaba con ellos á su antojo, y tan solo por el bárbaro placer de hacer daño, alimentaba mi pasión.

¡Pobre de mí!

Esta mujer tan querida á quien había alzado un altar en mi alma, á la cual en mi torpe can-

didez poetizara entregándole mi albedrío, tuvo que ausentarse de Madrid durante unos días.

Al despedirse de mí me encargó repetidas veces que durante su ausencia contemplase á la luna, en la seguridad de que ella tambien haria lo mismo.

—Mira á la luna, me decia, y si no la hay, fija tus ojos en el planeta Júpiter; yo tambien los fijaré pensando en tí.

Despues supe que se habia burlado de mi candidez, al saber que yo todas las noches con la boca abierta pasaba largos ratos admirando á los astros.

Conozco que esta manía que tengo de poetizarlo todo, me va á costar sérios disgustos.

Si alguno de esa se determina un dia á dar por acá una vuelta, que tenga presente la nota adjunta.

Quizá no tarde mucho en salir de la corte para ese florido vergel que nunca debí abandonar para esos lugares deliciosos en donde las mujeres no mienten tanto como las de aquí, á pesar de lo que cuenta de ellas la fama.

Aquí el jóven, despues de referir sus aventuras amorosas, se detenia en algunas consideraciones de las cuales hacemos gracia á nuestros lectores.

Vamos ahora á copiar la nota mencionada, la cual estaba escrita en verso, pues Merluza desde

su amistad con Bergamota, tenia sus ribetes de poeta.

Héla aquí:

PELIGROS DE MADRID.

Caritativas advertencias para los que por vez primera vengan á la corte.

A Madrid, ciudad famosa
y noble corte de España,
no le faltan atractivos
ni cien bellezas le faltan;
mas como todo en el mundo
tiene alguna cosa mala,
tambien la corte las tiene,
que no hay belleza sin faltas.
Aquí van por las aceras
que no todas son muy anchas,
los aguadores con cubas,
las elegantes con faldas;
de esas que tienen la cola
de media vara de larga;
no pequeño inconveniente
para aquel que á prisa marcha.
Aconseja la prudencia
que tenga un poco de calma,
todo aquel que á pié camine
v de la acera no salga.

¡Son tan brutos los cocheros!
¡tienen tan malas entrañas!...

A los cafés van de noche
ciertas vergonzantes damas
á quienes agrada mucho
de *abajo* media tostada;
ó unas patatitas fritas;
ó una tortilla con magras;
ó una ración de merluza;
ó una perdiz estofada,
y el peleon consabido
que suelen beber sin tasa:
¡incautos! de estas sirenas
¿temereis las malas mañas!...

En teatros y en paseos
si al lado estais de una dama,
ciertas malditas floristas
pegajosas cual la sarna,
pesadas como las moscas
acometiendo á una calva,
os cercan.... y no hay remedio:
un ramillete os encajan.
Cada ramito «¡es lo cierto!»
cuesta un ojo de la cara,
aunque tenga flores viejas,
aunque dos cuartos no valga.
¡Ya se vé! ninguno quiere

pasar de mísero plaza,
 ni deja de comprar flores
 para obsequiar á una dama.
 ¡La cosa es bastante chusca!
 ¡Pues señor, viva la gracia!...

—

Hay aquí en las procesiones
 romerías y paradas,
 eso que llaman *corridas*,
 «¡Dios poderoso nos valga!»
 En tonces grandes y chicos
 se van á la desvandada,
 y hay atropellos y robos;
 y ropas despedazadas;
 y apabullos y cachetes;
 y gritos y muchas gracias,
 cuando de tales corridas
 libre la vida se saca.
 Despues que para el bullicio
 se sabe que fué la causa
 de aquel suceso un pillete
 que gritó:—¡Que arde una casa!
 ó bien que algun raterillo
 con los pañuelos se ensaya
 para robar otro dia
 cosas de mas importancia.
 Aquí tambien la prudencia
 aconseja gran cachaza,
 y del inmenso gentío

que hay en las calles y plazas, todo aquel que bien se quiera debe estar á gran distancia.

Aun cuando D. Sebastian de Merluza se abstendia mucho mas en su composicion, nos abstenemos de seguir copiándola temiendo ser molestos á nuestros lectores.

VII,

En el Carnaval.

A todo esto llegó el Carnaval.

En tales dias de loco solaz, de expansion y delirio, restos únicos de los tiempos gentílicos que han llegado hasta nuestros dias, el pueblo de Madrid se traslada al salon del Prado, paseo de Recoletos, y Fuente Castellana.

Los mas á pié y sin careta y los menos en carruaje ó á caballo, forman un conjunto animado y pintoresco en estremo.

La variedad de trajes de todas las edades y paises con que se disfrazan algunos, logra cautivar la atencion del numeroso gentío allí reunido.

Gran número de máscaras agrupadas en carruajes abiertos, invierten las horas del paseo en correr á lo largo de la carrera.

Muchos hombres de la buena sociedad se visten con riquísimos trajes de mujer, y con afectados movimientos y gran ondulacion de faldas, se suben á los estribos de los carruajes con el objeto de dar bromas á la multitud de lindas damas que cómodamente tendidas en ellos, ocultan sus manos y gargantas en ricas y hermosas pieles por temor al frio de la estacion.

Ni las horribles pulmonías, ni los tremendos catarros con toda su terrible pompa de toses, dolores de cabeza, etc., etc., son bastantes á detener á aquella alegre muchedumbre, ávida de diversiones.

Aquellos dias el número de los sillones del Prado se aumenta notablemente, no siendo bastantes á pesar de esto, para tanta multitud.

Oigamos algunos diálogos que en ellos se sostienen.

—Si no fuera porque una está distraida, decía una vieja alegre y colorada á pesar de sus años, seria cosa de no poder parar en este sitio.

—Mi hijo mayor, que es *cívico* de caballería y está de guardia esta tarde en Recoletos, trae por consejo mio todo el cuerpo forrado de papel. ¡Pobrecillo! ¡no me dá la gana que atrape algo malo!

—Tiene Vd. mucha razon y le sobra, señora Nicolasa, afirmó una muchacha fresca y bonita como una rosa de primavera, á la cual por de-